

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



No

536

50
cts

ANNY ONDRA
SIEGFRIED ARNO

NUMERO
EXTRAORDINARIO

LA "GIRL" DEL "MUSIC-HALL"

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: *1 Pasaje de la Paz, 10 bis*
Francisco - Mario Bistagne TELÉFONO 18551

Año X BARCELONA N.º 536

La “girl” del music-hall

Magnífica producción, de excelente asunto,
interpretado por la simpatiquísima Anny Ondra
en colaboración con Siegfried Arno

Primera película sonora de Anny Ondra



Sistema sonoro “TOBIS”

Exclusiva del

Programa Arajol

Aragón, 225, pral. BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ROSITA DÍAZ DE JIMENO

Prohibida la
reproducción.

...en el que se incluye
el número de la revista
y el número de la página
en la que se publica.

...en el que se incluye
el número de la revista
y el número de la página
en la que se publica.

La "girl" del music-hall

Argumento de la película

La bella y rubia Anny regresaba a su hogar después de diez años de pensionado. Dos condiscípulas suyas viajaban con ella.

Las tres amigas se hallaban solas en el departamento y vivían las confidenciales y dulces horas de la juventud.

El revisor interrumpió la conversación pidiéndolas el billete que ellas entregaron después de burlarse donosamente del severo funcionario.

Al volver a quedar solas, Mimí, una de las amigas, preguntó:

—Oye, Anny, ¿cuánto tiempo hace que estás separada de tus padres?

—Hace diez años que no los he visto. Temían siempre que dejara los estudios tan pronto como oliera la vida teatral y por esta razón me han puesto en un pensionado.

—Sería divino tener un padre que fuera director de teatro como el tuyo — comentó Lily, la tercera de las amigas.

—¿Tiene tu padre un teatro muy grande? — dijo Mimí.

—No podéis imaginároslo. La Opera no es nada en comparación.

—Entonces, seguramente tendremos entrada gratis.

—Pues claro está.

—¿Y cómo se llama el Teatro?

—Thalia.

—¿Nos presentarás a tus papás, Anny?

—Con mucho gusto. Y tendréis entradas gratuitas. Mi papá no puede negarme nada. Quizá hasta os contratará.

—Sería divino —dijo Lily, que soñaba con la gloria del arte.

—Di, Anny, ¿tu papá también es actor? —preguntó Mimí.

—¿Actor? ¿Qué dices ahora? Es músico: un gran artista. Toca doce instrumentos.

—¿Y tu mamá? De seguro que es una señora muy bella y elegante.



—Mi mamá es bella como un cuadro de un gran pintor.

—Mi mamá es bella como un cuadro de un gran pintor.

Y así en esa charla se iban acercando al término de su viaje.

Pero la realidad era bien diferente de lo que

ellas pensaban. Al contrario de lo que Anny creía, los padres de ella no eran más que unos artistas de categoría ínfima, que actuaban en una mísera barraca de feria.

Aquella tarde, los viejos se preparaban para ir a recibir a la hija de su corazón, a la adorada muñequita, por la que harían gustosos todos los sacrificios.

El señor Flock se había puesto su mejor vestido y ahora luchaba inútilmente con anudarse la corbata.

—Elvira, ven, arréglame la corbata —dijo a su mujer.

—Ya vengo.

—No puedo recibir a mi hija única sin corbata.

—¡Qué importancia das a tu corbata! —comentó Elvira, mientras le anudaba el lazo —. Valdría más que pensaras qué podemos decir a nuestra hija para que no baje del tren y siga su viaje. La hemos engañado siempre con nuestra supuesta riqueza. Y no hay necesidad de que ahora se entere de lo mal que nos van las cosas.

—¿Y quién tiene la culpa de nuestra mala situación? ¿Tú o yo? Siempre estamos sufriendo disgustos por tu culpa.

—Sabes muy bien que la cleptomanía es una

enfermedad que pueden sufrirla hasta la gente más fina — protestó la esposa —. El robar es mi única enfermedad. No puedo evitarlo.



—No puedo recibir a mi hija única sin corbata.

—En valientes compromisos me has puesto. Y quiera Dios que no tengamos que sentir.

Por fin, arregladas ya sus “toilettes”, los esposos se disponía a marchar. Al abandonar la feria dijeron a Hannes, un muchacho bonísimo, que les servía de ayudante:

—Estaremos de vuelta antes de empezar la función.

—Está bien, señor director. Puede usted confiar en mí. Y saluden a su hija de mi parte, aunque no tenga el gusto de conocerla.

—Gracias, Hannes.

El señor Flock miró a su esposa y le dijo:

—Dame el brazo para que al menos los contrincantes crean que somos un matrimonio modelo.

Y cogiditos del brazo, para dar envidia con el espectáculo de su felicidad a los demás artistas de la gran feria instalada en los alrededores de la ciudad, salieron directamente hacia la estación.

* * *

Esperaban nerviosamente en el andén.

—Dentro de pocos minutos llegará Anny —decía Flock, dando evidentes muestras de impaciencia.

—¡Cuando se entere de nuestra situación! No, no

puede estar con nosotros. Ha sido una desgracia el que hayan cerrado el colegio. Ahora se descubrirá nuestra miseria.

—¡Tantas veces como la hemos hablado de nuestro Gran Teatro! ¿Qué pensará cuándo vea nuestra misera barraca? Hay que evitar que la vea.

—¿Y si a pesar de todo se empeña en querer ver nuestro teatro?

—Entonces le diremos que nuestro teatro ha sido renovado y le enseñaremos el edificio de la Sinagoga.

—¡No lo creerá!

Al señor Flock en uno de sus movimientos, le saltó la corbata.

—Mira — dijo desconsolado —. Ya se me ha deshecho otra vez la corbata. Arréglamela.

—En seguida.

Se encontraban junto a una garita donde estaba un empleado de la estación, que en aquel momento miraba su reloj de oro. La señora Flock se sintió acometida de repente por su comprometedora enfermedad. Una ansia inaudita de robar agitó sus miembros.

Hallábase de espaldas a la garita y volvía la cabeza mientras arreglaba la corbata de su marido.

Varias veces intentó quitar el reloj del chaleco del empleado, sin conseguirlo.

El señor Flock, ignorante de aquellas maniobras, dijo cansado de aguardar a que le pusiesen bien la corbata:

—Dios mío, qué torpe eres! ¡Date prisa!

—En seguida estoy!

Pero como con un brazo procuraba coger el reloj, tiró violentamente del cuello de su marido.

—¿Qué haces ahora? — protestó él —. Tira despacio y después de golpe.

La señora Flock acababa de robar el reloj sin que el empleado se diera cuenta, y había arreglado también el lazo de la corbata.

Un guardia había visto la doble maniobra que la consideraba preparada y había oído además lo que decía la mujer.

—¡Ah, pícaros!

Momentos después el empleado descubrió el robo y salió como una exhalación de la garita.

—¡Mi reloj! ¡Mi reloj!

Acercóse el policía.

—¡Mi reloj! ¡Mi reloj! —repetía el empleado.

—Elvira —dijo el bueno de Flock—. Parece que ha pasado algo.

—Bueno, hombre. Vámonos de aquí. Esto no nos importa —dijo ella con inquietud.

—Esperemos. Es muy interesante.

El funcionario explicaba entretanto al guardia:

—Era un reloj grande, de oro. Hace tres minutos que todavía lo tenía.

El señor Flock comentó:

—¡Caramba! ¿Y para qué están esos letreros? Lo dice claramente: Cuidado con los rateros. Hay que ser precavido.

—Me río de sus consejos. Lo que yo quiero es el reloj.

Pero el guardia cogiendo por el brazo a los Flock, les dijo con voz enérgica:

—No hagan ustedes más comedia. Lo he visto y lo he oído todo, señores míos. Con que, tira despacio y después de golpe, ¿eh? ¡Comediante!

—Pero ¿qué demonios está usted diciendo? Naturalmente que hago comedia. ¿De qué viviría si no? Yo soy el célebre director de teatro, Flock.

—Director y ladrón —gritó el policía.

—Esto es intolerable. ¿No oyes, Elvira? —dijo angustiado a su mujer, que le contemplaba sin decir palabra.

—Póngase usted de acuerdo con su mujer, pero nada le servirá —le dijo el guardia.

—¿Cómo me he de poner de acuerdo? Hace veinte años que vivo con esta mujer y nunca nos hemos podido poner de acuerdo.

—No me venga con historias. ¡A la delegación! ¡Les acuso de haber robado!

—¡Sin vergüenzas! —rugió el funcionario.

Tan asombrado estaba Flock, tan inesperado era todo aquello, que no le pasó ni siquiera por las mientes la idea de que su mujer hubiera podido robar ahora. ¡Imposible!

—Señor agente —suplicó— en el próximo tren llega nuestra hija. Hace diez años que no la hemos visto. No nos haga usted marchar.

—No perdamos tiempo. En nombre de la ley quedan ustedes detenidos.

Y a pesar de sus constantes protestas, el policía se los llevó a la delegación.

La esposa seguía guardando un gran silencio. Se daba cuenta del delito que acababa de cometer, superior a su voluntad, pero no se veía con ánimos para explicar lo ocurrido.

Y el pobre señor Flock, desesperado, en vano quería probar su absoluta inocencia.

Mientras tanto, las tres muchachas comenzaban a ver desde su departamento las primeras casas de la ciudad.

—¡Ya llegamos! ¡Ya llegamos! ¡Hurra! ¡Hurra!

Las dos amigas de Anny vivían en otra población cercana, pero accediendo a los ruegos de su compañera, se quedaban con ésta hasta el día siguiente.

—Seguramente querrás hablar a solas con tus papás en la estación —le dijo Mimí—. Mientras tanto tomaremos un taxi y visitaremos la ciudad.

—No tenéis que tomar ningún taxi. Papá pondrá inmediatamente su auto a vuestra disposición.

—¿Qué marca de coche tiene tu papá?

—No sé exactamente si es Oppel o quizás sola-

mente un Rolls-Royce. Pero es seguro que tiene un coche de primera.

El tren entró en agujas. Las tres muchachas saltaron alegremente del vagón y Anny miró con viva impaciencia a todas las personas que se encontraban en los andenes.

—¡Caramba! ¿Dónde están mis papás?

Indagó largo rato, sin hallar rastro de sus padres.

—¿Dónde pueden estar? —decía con ansiedad.

—Anny, no te alteres. Tendrán que hacer en el teatro.

—No estoy tranquila. He de buscar a mis papás. Vamos a subir a un taxi y nos dirigiremos al teatro.

Subieron a un coche de alquiler y Anny dijo decidida:

—Al Teatro Thalía.

—No sé dónde cae esto—contestó el chofer sin volverse a mirar a las viajeras.

Anny se amoscó herida en su orgullo filial.

—¿Pero cómo es que usted no sabe dónde está el Teatro Thalía?

—En mi vida lo he oido nombrar.

—Entonces pregúntelo usted por el camino. Cualquier chiquillo se lo dirá.

Y añadió en voz baja a sus amigas que la miraban con cierta extrañeza:

—Seguramente que hace pocos días que es chofer. Figúraos con lo conocido que es el Teatro Thalía... Veréis.

Le tocó por un hombro y añadió:

—Oiga, joven. ¿Cuánto tiempo hace que es chofer?

El aludido se volvió dejando ver una barba entrecana.

—Mañana hará justamente veinticinco años, señorita.

Las tres amigas se miraron sin comprender y Anny optó por no hacer nuevas preguntas.

¡Qué absurdo era todo cuánto les pasaba!

El chofer preguntó a un caminante la dirección del Teatro Thalía y después de muchas investigaciones consiguió saber donde estaba enclavado. Y partió hacia los alrededores de la ciudad, hacia un viejo suburbio...

A la misma hora, los desgraciados padres de Anny se encontraban ante el delegado de policía.

El guardia y el empleado de ferrocarril acusaban a los Flock de haber robado el reloj.

El artista se defendía enérgicamente y la mujer guardaba silencio.

—Esta señora ha robado el reloj — dijo el guardia—. Me ha parecido verlo.

—Qué tontería! —contestó ella—. Si yo hubie-



—Mañana hará justamente veinticinco años, señorita.

se robado el reloj, lo llevaría encima. Regístreme usted.

Pero antes de que pudieran hacerlo, el señor Flock se metió distraídamente la mano en el bol-

sillo y encontró en él un reloj de oro que no había visto nunca.

Quedó paralizado por la sorpresa, rojo de vergüenza y de estupor.

El empleado del tren se lo arrebató con gesto triunfador.

—¡Mi reloj!

Flock miró a su mujer que aparecía avergonzada.

—¿Has robado de nuevo? —le preguntó con indignación.

La dama se echó a llorar. ¿Qué hacer si estaba tan enferma?

—Bien... magnífico—dijo el comisario—. ¡Qué par de pájaros son ustedes! Vamos a ver, señora, ¿cómo se llama usted?

—Me llamo Elvira Tamborini de Flock.

—¿Nacida cuándo?

—En viernes. Por esto tengo tan mala suerte, señor comisario.

—¿En qué fecha?

—En mayo.

—Quién era su padre?

—Mi padre era un fakir que se tragaba las espadas.

—Se reirá usted, pero se ahogó al tragarse una espina —aclaró el marido.

—Basta de bromas. Esta señora va a ir inmediatamente a la cárcel.

—¿Yo? Pero si estoy enferma, si soy irresponsable —gimió la pobre mujer.

—¡Tonterías!

—Dispense, señor comisario —indicó Flock—. Aunque usted se empeñe en ello no puede ir a la cárcel. Mi esposa tiene un certificado conforme sufre de cleptomanía.

—No me venga usted con excusas. Aquí se trata de un robo.

—No, no.

—¿Dónde está ese certificado?

—En nuestro teatro. Yo no sabía que precisamente hoy mi esposa quería robar.

—Mandaré por el certificado. Mientras tanto ustedes se quedarán aquí.

Un policía salió para el Teatro Thalía y los dos esposos tuvieron que aguardar con la profunda impaciencia de aquellos momentos angustiosos en un solitario departamento de la delegación.

—¡Pero, pero! —exclamó el marido—. ¡No se preocupe! ¡No se preocupe! ¡No se preocupe!

* * *

Anny y sus amiguitas habían dejado el coche.

—El Teatro Thalía está en la misma esquina— les había dicho el chofer al cobrar.

Y las muchachas, extrañadas de encontrarse en aquel suburbio, entre barracas y tiendas de feria, avanzaron hacia el lugar indicado.

—No es posible —decía Anny—. Ese tonto de chofer se ha equivocado.

Mimí dió un grito de sorpresa. Acababa de ver sobre una especie de desvencijado barracón un letrero con este título: "Teatro Thalía".

—¡Mirad! ¡Ya estamos! Allí dice Teatro Thalía.

Anny contempló el tenducho y no pudo contener su indignación.

—¡Qué grosería! Cualquier granuja llama a su barraca Teatro Thalía.

—Es muy extraño todo eso —arguyó Lily.

—Mi papá no lo toleraría si lo supiera. Lo mejor será que nos marchemos de aquí. Ya encontraremos el verdadero Teatro Thalía.

Anny estaba desconcertada. De pronto vió en uno de los carros de la feria el nombre de Flock.

Su corazón latió con violencia... Entonces... ¿toda la grandeza, todos los sueños de esplendor no eran más que humo, que mentira? Procuró que sus amigas no vieran el letrero, pero no pudo impedir que oyera lo que delante de la barraca decía Hannes al numeroso público reunido:

—Distinguido público: Va a empezar la función en este Teatro Thalía, bajo la dirección personal del mundialmente célebre director Flock.

Lily y Mimí miraron con estupor a su compañera. ¡Cómo les había engañado!

—Entonces, ¿éste es el teatro de tu papá? —dijo Mimí riendo.

—¡No, no puede ser! —decía aún Anny, defendiéndose inútilmente.

Pero la voz de Hannes acabó de echar por tierra todas sus ilusiones:

—En este teatro el director Flock usa como xilofón 12 botellas de vino. Toca con la mano iz-

quierda la obertura de “Tannhauser” y con la derecha cualquier otra cosa.

—¿Con que, éstos son los instrumentos que toca tu papá? —dijo Mimí, muerta de risa.

—La señora Flock tiene todo el cuerpo tatuado —seguía explicando Hannes.

—¡Por esto decías tú que tu mamá es bella como un cuadro! —añadió Lily.

—¡Vaya una familia!

—Aquí te dejamos con ella. Que te diviertas. Volvemos a la estación a tomar nuestro tren —advirtió Lily.

Las dos amigas se alejaron, seguidas de Anny, que en vano procuraba calmar su excitación.

—¡Cómo nos has engañado! ¡Quédate aquí, con tus padres! Quizá puedas debutar en el Teatro Thalía —dijo Mimí, riendo.

—O como amazona en un circo de pulgas —indicó Lily.

—No permito que se insulte a mis padres, aunque fueran ladrones —protestó la desengañada Anny.

—También podría ser —exclamó Mimí.

—¿Qué has dicho? ¿Qué ha dicho usted? A una persona así yo la trato solamente de usted.

Y, enfurecida por aquellas injurias, Anny abo-

feteó a su compañera, quien ni corta ni perezosa le devolvió con creces el golpe, bien ayudada por Lily.

Anny recibió la peor parte en la lucha siendo zurrada de lo lindo y resultando, amén de numerosas contusiones en el cuerpo, con un ojo amotado y el vestido hecho casi trizas.

Lily y Mimí abandonaron el suburbio, jurándose no volver a ver más la exagerada muchacha.

La lucha había tenido lugar detrás de los barracones, por lo que nadie se dió cuenta de ello.

Hannes seguía haciendo la propaganda del Teatro Thalía ante las buenas gentes ingenuas. Era hora ya de comenzar la sesión y estaba seguro que los Flock no tardarían en volver.

—Respetable público. El teatro está completamente lleno. Aun caben algunos más. Vayan, vayan entrando, para ocupar sus puestos. De lo contrario van a dolerles las piernas de tanto estar de pie.

Algunas personas se decidieron a entrar y se sentaron en los bancos de madera, completamente vacíos.

En frente del Teatro Thalía había otro teatro competidor. Su dueño haciendo sonar una gran campana gritaba a la concurrencia:

—Señoras y caballeros. Ya lo han oído ustedes. Van a dolerles las piernas de tanto estar de pie. En este teatro tendrán las más confortables y cómodas butacas.

El público se rió de la competencia y Hannes, enfurecido, gritó a su vez:

—Entren ustedes y lo pasarán bien. La entrada no vale más que treinta céntimos. Una entrada da derecho a venir con la novia, la suegra y el perro completamente gratis.

—En mi teatro no se admiten animales —gritaba el otro. Aquí se está entre personas decentes. Solamente aquí podrán ver el verdadero arte.

El público se dividió en dos bandos. Unos entraron en la barraca de Flock; otros en la del rival.

De pronto apareció un guardia y habló en voz baja con Hannes. Este, sonriente, dijo:

—Haga el favor, señor agente, pase un momento detrás del teatro.

Hannes y el guardia desaparecieron, dirigiéndose junto a la carreta en uno de cuyos costados se hallaba llorando la pobrecita Anny.

—¿Con qué ha robado de nuevo la señora Flock? —decía Hannes.

Anny al escuchar aquellas palabras, se estre-

meció. Prestó profunda atención, sintiendo que el dolor, la sorpresa, le atenazaban el alma.

—Sí. Ha robado un reloj —decía el guardia.

—¡Pobre señora! ¡Su eterna manía!

—Vengo por el certificado.

—Espere... espere.

Hannes entró en la carreta, saliendo a los pocos instantes.

—Aquí está el certificado oficial que concede a la señora Flock el permiso para robar. Y hágame el favor. Dígales que la función va a empezar de un momento a otro. El público se impacienta y estoy medio muerto de miedo. Que no tarden en regresar.

—Bien... bien... Se lo diré.

Marchó el guardia, y entonces, Hannes oyó unos extraños gemidos. Volvióse y vió a una hermosa mujercita que gemía desconsoladamente.

Hannes era un gran corazón, un alma sentimental y buena. Pero tenía una nariz descomunal a lo Cyrano de Bergerac, que afeaba extraordinariamente su rostro. Mas como el héroe francés, su alma era un nido de bondades espirituales.

—Por Dios, señorita, ¿qué tiene usted? ¿Qué ocurre?

—¿Es verdad que mi madre ha robado? —suspiró Anny.

—¿Su madre? ¿Es usted entonces la señorita Anny?

—Sí.

—¿Y no estaban sus papás en la estación?

—¡No! Vine aquí con unas amigas con las que disputé. Estaba aquí cerca y oí lo que usted hablaba con el policía.

—¡Ah, tonto de mí! Señorita, no se preocupe por esto. Su señora madre es la mujer más buena del mundo. No puede hacer nada contra su cleptomanía. Casos así los hay hasta en las mejores familias. Pero... vamos... cálmese... Volveré luego... Oigo que el público se impacienta y hay que ir a animar la orquesta. Tranquilícese usted, señorita.

Hannes salió corriendo y Anny quedó junto a la carreta, un poco tranquilizada al ver que su madre no era una ladrona, pero apenada también profundamente al comprender que sus padres no eran más que unos titiriteros, que unos pobres cómicos de feria, sin porvenir ni ilusión...

El público que se encontraba en el barracón de los Flock protestaba enérgicamente por la tardanza en dar comienzo al espectáculo. Comenzaba a peligrar la integridad de los bancos y del propio edificio. La gente se creía burlada y estaba a punto de estallar en motín.

Por fin apareció Hannes quien fingiendo una sonrisa que estaba muy lejos de sentir, dijo:

—Respetable público: No quiero abusar de la paciencia de ustedes. Voy a dar, pues, comienzo a la gran función de gala con la marcha de los Flock.

Y con un acordeón empezó a tocar y cantar un himno de chavacanas notas, que no pareció desarrugar el ceño de los espectadores.

El no sabía hacer nada más y pensaba con es-

panto en lo que iba a ocurrir si no llegaban los Flock.

Hannes volvió al lado de Anny a quien expuso sus cuitas

—Estoy asustado. El público va a destrozarme el teatro, si no empiezo en seguida.

Anny no cesaba de llorar.

—Por Dios, señorita, no llore usted más. ¡Ah, qué bella es usted! Un verdadero ángel azul.

Llegaba hasta ellos el eco del público enfurecido que reclamaba la inmediata representación.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué va a pasar aquí? Yo no puedo encargarme de toda la representación. ¿No ha aprendido usted hacer algo, señorita?

—¿Qué quiere usted que haga?—contestó, quejumbrosa.

—Usted hubiera podido aprender algo en todo el tiempo que ha estado usted en el pensionado.

—He aprendido latín y griego.

—Esto no sirve para nuestro público. ¿No ha aprendido usted a tocar ningún instrumento?

—Toco el piano.

—¿El piano? Entonces vamos a encargarnos de la música.

—Pero...

—Nada... nada... Se trata de salvar los intereses de sus papás...

Anny, como una autómata, sin atreverse a protestar, con el alma plena de imágenes confusas se dejó conducir por Hannes. Realizaba todos los actos inconscientemente. No se daba cuenta casi de nada.

Hannes apareció en el escenario e hizo un ademán olímpico:

—No protesten ustedes más, señores. Tengo para ustedes una gran sorpresa. Acabamos de contratar, pagando a plazos, la célebre virtuosa del piano, Mis Steinway. Con un piano muy viejo tocará canciones muy modernas.

Volvió a los pocos instantes con Anny que miraba azorada al público.

La presencia de aquella criatura, joven y guapa, con un ojo a la funerala y el vestido hecho girones, hizo estallar a todos en grandes risas.

La muchacha, atemorizada, pero pensando que estaba haciendo todo aquello para salvar a sus padres, saludó tímidamente y dijo con voz temblorosa:

—Respetable público. Voy a tocar la Rapsodia de Liszt.

Se sentó ante un piano de cola, viejísimo, des-

afinado, que parecía ir a romperse, y comenzó a tocar la célebre Rapsodia.

Pero el público se impacientaba.

—Chiquilla, no tan triste. No estamos en ningún entierro —dijo una voz.

Mas pronto cambió la tristeza en extraordinaria comicidad. El piano era tan viejo que no resistía a ser tocado. Las patas fueron quebrándose paulatinamente. Saltaron al suelo muchas de las teclas, se abrió la tapa y finalmente se rompió la caja y de su interior salieron en luminosa cascada de colores, hortalizas, frutas y palomas, etc., que los Flock tenían allí como depósito, pues ellos no usaban nunca el piano.

El público reventaba de risa. El contraste entre la seriedad de Anny tocando la Rapsodia de Liszt y aquellos grotescos incidentes, hacían estallar en carcajadas a la concurrencia. Anny, prescindiendo de todo, seguía tocando invariablemente.

Cuando no quedaron ya teclas y quedó completamente al descubierto el piano, Anny cogió el cuadro de madera en que estaban sujetas las cuerdas y empezó a tocarlo a manera de arpa.

Las risas llegaban al paroxismo. Hannes aplaudía desde bastidores, admirado de la comicidad inconsciente de la muchacha.

En aquel instante llegaron los Flock. Vieron a Anny realizar aquellas inexplicables comicidades y oyeron como el público rugía de risa.

Salieron también al escenario y sin que Anny les viera, empezaron a tocar los diferentes instrumentos, y la música adquirió caracteres de prodigiosa orquesta.

La ovación fué unánime.

Al tirar el telón, Anny se dió cuenta de la presencia de sus padres y corrió a abrazarlos con lágrimas en los ojos.

—¡Mamá! ¡papá!

—¡Anny! ¡Anita!... ¡Es maravilloso!

Varias veces tuvieron que interrumpir sus ternezas para saludar al público que quería premiar con sus aplausos la estupenda función.

Por fin el público fué desfilando y los Flock con su hija pudieron dirigirse a la carreta.

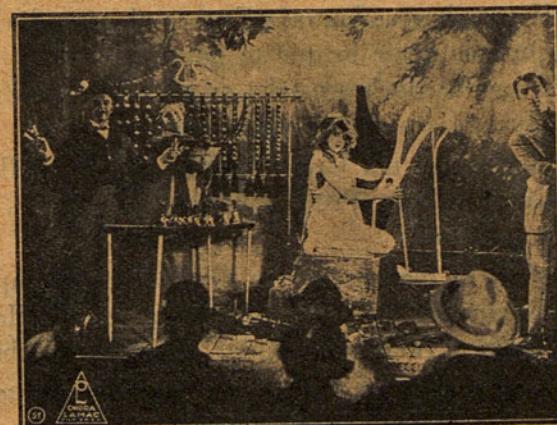
Todo fueron explicaciones, dichas con el apresuramiento de quien tiene mucho que contar. Los padres la felicitaron por su éxito. Jamás se habían oido aplausos tan delirantes en el teatro.

—Pero, nena, nenita—decía la madre—. Tú debes ir a otro pensionado. Esa vida no es para ti.

—¿Y por qué no? Debo ayudaros. Demasiado habéis hecho por mi culpa.

—Hijita, tú no puedes llevar esta vida tan miserable como nosotros.

—¿Y por qué lleváis una vida tan misera? Es por mi culpa ¿verdad?, por mi culpa, para que



La ovación fué unánime.

me criáseis como una señorita... Me mandávais todo vuestro dinero... Pues bien, yo he de pagarlos de algún modo... Ahora me quedo con vosotros.

Fueron vanas sus protestas. Anny se quedaba allí,

En aquel instante apareció Hannes tocando el acordeón y cantando alegremente:

—¡Hurra, hurra, hurra! ¡Este es un gran día!

—Pero, Hannes, ¿te has vuelto loco? —dijo Flock.

—¡Hurra, hurra, hurra! ¡Este es el gran día!

—¿Quieres decir lo que te pasa?

—El agente Horbes estaba en el teatro. Nos espera a fuera para contratarnos a todos.

—¿Horbes, el del Gran Teatro? ¡Es maravilloso! —dijo Flock—. Pronto, Elvira, ¡el cuello, la corbata, pronto!

Mientras el matrimonio se arreglaba para aparecer dignamente ante el empresario, Anny y Hannes salieron y fueron a saludar al agente Horbes.

—Estoy encantado de haberla conocido a usted, señorita. He disfrutado mucho con su número —dijo Horbes.

—Es usted muy amable.

—¡Toda la presentación era tan original! ¡El vestido! ¿Quién lo ha proyectado?

—Mi amiga Lily —contestó riendo.

—¿Y ésto del ojo?

—Esto es de mi amiga Mimí.

—Pues Anny, hoy se opera un gran cambio en

su vida. Tengo una oferta de contrato muy buena para usted. En el Teatro Apolo.

—Pero si no soy artista. Si es la primera vez que actuó ante un público de pago.

—Tiene usted un gran temperamento. Yo haré de usted una verdadera estrella. ¿Acepta?

—Bien... sí... ¡Qué número tan bonito haremos! Mis padres son unos grandes artistas!

—Pero, ¿quién habla de sus padres? Es para usted sola el contrato.

—¡Ah, no! Ha de ser toda la familia... Sino, no acepto.

—Pero, Anny.

Aparecieron los Flock, artistas mediocres y saludaron cordialmente al agente que vacilaba sin saber qué partido tomar.

—Papás, habéis gustado extraordinariamente y el señor Horbes quiere contratarnos a todos —dijo Anny.

El agente dudó, pero deseoso de no dejarse escapar a Anny, que le parecía un descubrimiento prodigioso, dijo:

—Contrato a la familia entera. Y respeto a los honorarios no se preocupen. No habrán ganado nunca tanto en su vida. ¿Hecho?

—¡Hecho!

—Pues, mañana pasen por mi oficina.

Les dió su dirección y marchó, mientras los Flock y Hannes quedaban haciendo sabrosos comentarios acerca del magnífico porvenir que les esperaba.

Sólo la señora Flock demostraba una ligera melancolía:

—¡Con lo bien que estábamos aquí! ¡Tener que abandonar esas cuatro paredes!

Cenaron con esplendidez para celebrar el gran triunfo. Cantaron y rieron. Todos a la vez cantaron su canción favorita.

*Pues todas partes nos hallamos como en nuestra...
[propia casa.]*

Atrevemos el mundo entero, todo nos es patria.

Durante varios días ensayaron activamente en el Teatro Apolo un número de fina comicidad, en

el que Anny desempeñaba el papel principal y sus padres, Hannes y otro muchacho eran simples colaboradores.

El temperamento de Anny, de verdadera artista, se reveló de manera extraordinaria. Parecía destinada a las grandes cumbres de la gloria.

Aquella noche era la del debut y esperaban con cierta emoción la hora de actuar en el escenario de aquel gran teatro.

—Elvira, tienes que enseñar a Anny a saludar con gracia —dijo Flock.

—Tienes razón. Fíjate, Anny. Se hace así: Tres pasos adelante y tres pasos atrás. ¡Hazlo! ¡Sonriendo siempre!

La muchacha hizo reverencias de un minué corsano.

—Bien... muy bien... Ves, Anny, en esto se conoce a los artistas de calidad.

Pero Hannes, hombre más moderno, rectificó:

—Señorita Anny, antes se hacía así, pero hoy ya no se estila de esa manera. Ahora se acostumbra a ser más sencillo.

Y ensayó una reverencia más breve, más natural, de menores vuelos, que Anny repitió también con una gracia alada.

Salieron del camarín y esperaron entre bastidores a que les tocase el turno.

Hannes contemplaba arrobase a la linda Anny



—...tienes que enseñar a Anny a saludar con gracia.

que iba disfrazada al estilo del gato Mickey de la pantalla.

¡Qué hermosa era Anny! En aquel corazón joven y sentimental el culto a Anny adquiría resplandores románticos.

—Mire usted, señorita Anny —le decía en voz baja—. No hay mal que por bien no venga. Si a su mamá no se le hubiera ocurrido lo del reloj no



¡Qué hermosa era Anny!

se hallaría usted entre nosotros. Y si usted no se hallara entre nosotros, yo no sería... digo... nosotros no seríamos tan felices.

Se rectificó inmediatamente mientras un encendido rubor cubría sus mejillas. ¡Qué había dicho! No quería que nadie, ni ella misma averiguase el

dulce secreto que embargaba su corazón... Casi ni a sí mismo se había atrevido a confesarlo... Pero Hannes se había enamorado de Anny... Amor absurdo... a lo Cyrano... ¿Quién podía amarle' con aquel enorme apéndice nasal? ¡Ah, miserable naturaleza!

Ella parecía no haberle oído y contemplaba con arroabamiento al tenor Ordini que en aquellos momentos desgranaba en escena una romanza sentimental.

—Es un hombre simpático el señor Ordini — comentó ella.

—Creo que silba muy bien —respondió Hannes, ligeramente celoso.

—Y además es muy guapo.

—¡Regular!

Los celos le mordían intensamente viendo el interés con que la joven contemplaba al tenor.

Cuando éste acabó su función, Anny aplaudió fervorosamente.

Ahora les tocó el turno a los Flock. La orquesta preludió la marcha con que ellos abrían siempre su número.

El matrimonio Flock, vestido elegantemente, salió a escena y realizó varios números musicales, perfectamente vulgares, pero que el público reci-

bió bien. También Hannes les ayudó realizando diferentes acrobacias.

Cuando terminaron su actuación, el señor Flock, después de agradecer los aplausos que le habían tributado, dijo al público:

—Señoras, caballeros: Ahora verán ustedes a Mis Anny, la más grande virtuosa del piano que hay en el mundo.

Momentos después apareció en escena la hermosa Anny, disfrazada como un caprichoso gatito. Rebosaba simpatía, belleza, juventud.

Saludó con mucha elegancia, y dijo:

—Tengo el gusto de presentarles mi piano amaestrado. Ven “Fernando”, no te hagas esperar. ¿Por qué estás tan terco hoy?

Instantes después apareció un hermoso piano de cola que andaba lentamente. En su interior había dos hombres, Hannes y otro cómico, que lo hacían avanzar.

Sobre aquel piano viviente, la muchacha realizó maravillosas travesuras. Tocó, cantó, se subió a la caja, realizó sorprendentes y originales trucos que le valieron ovaciones delirantes. El número resultaba magnífico al tomar vida y movimiento aquel piano que adquiría un alma absurda como en las películas de dibujos.

El éxito fué rotundo. Los Flock se abrazaban. También el agente Horbes no podía reprimir su entusiasmo oyendo los aplausos y risas de la elegante multitud.



El número resultaba magnífico...

El tenor Ordini, que se hallaba entre bastidores, quedó encantado con la labor de la muchachita.

Ordini no tenía gran éxito. Pronto el público se cansaba de su voz. El mismo tenor adquiría cestas de frutas y flores que cada noche hacía salir a es-

cena. Pero así y todo, las cosas iban bastante mal. Ahora pensaba ir a Sudamérica, pero tenía miedo de que su número fuese demasiado flojo.

—Fíjese en la pequeña Flock—le dijo Horbes.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ella podría ser una gran colaboradora de usted en su viaje a Sudamérica. Es guapa y una verdadera artista.

A medida que ella actuaba, le parecía que era algo extraordinariamente prodigioso. ¡Oh, tal vez ella pudiese ser su salvación, el imán que en América le haría ganar mucho dinero!

Cuando Anny acabó, y mientras recibía las ovaciones cálidas del público, Ordini le envió un ramo de flores con una tarjeta que decía:

A la artista más bella y de más talento.

Ordini

Anny, entre bastidores, recibió las felicitaciones de todos. Hannes, emocionado, le expresó en párrafos balbucientes su enhorabuena.

Pero a la muchacha le habían causado gran impresión aquellas flores, delicado obsequio del tenor. Le era simpático ese cantante.

Ordini se acercó a ella y le dijo, besándole la mano:

—La felicito sinceramente, Anny.

—Es usted muy amable. ¿Le ha gustado?

—¡Magnífico! ¡Maravilloso! ¡Ha estado usted encantadora!

Y cogiendo de una cesta una botella de champaña, llenó dos copas y bebieron.

Estuvieron charlando largo rato. Los Flock se habían retirado a un camarín. Hannes, dolorido al ver que Anny apenas le hacía caso y que en cambio parecía sentirse atraída por el tenor, marchó a su cuarto.

Para aliviar su dolor cantó una romanza sentimental, plena de añoranzas y melancolías.

Tony, uno de sus compañeros, entró, y viendo su abatimiento, le dijo:

—Ven. ¿Qué tienes? ¿Por qué estás triste?

—Dime, querido, ¿crees tú que una mujer puede amar a un hombre que tenga un aspecto como el mío?

Y se señaló la grotesca nariz.

—¿Amoríos ya? Se curan con una cosa. ¡Ven! ¡Champaña, champaña!

Salieron. Vieron abierta la puerta del camarín de Ordini. Encima de unas mesas había varias cestas con botellas de champaña. Entraron en el cuarto,

y convencidos de que Ordini no había de fijarse en una botella más o menos, bebieron unas copas.

Pero Hannes seguía triste.

—¿Te has fijado en las flores que Ordini ha regalado a Anny? —preguntó.

—No te preocunes.

—Parece que le gusta mucho a Ordini.

—¡En todo te fijas, chico! ¡Qué celoso eres!

Iban a salir cuando vieron que aparecían Anny y el tenor. Rápidamente se ocultaron en el mismo camarín, detrás de unos cortinajes.

Los dos jóvenes entraron lentamente.

—Tengo que marcharme a mi camarín —decía ella.

—Espere un momento —dijo el tenor—. Voy a obsequiarla con otra copa de champaña y con unos bombones. Todo se lo merece usted.

Bebieron, tomaron dulces, bombones. Ella parecía aturdida... y se reía escuchando las palabras triviales del cantante.

—¡No puedo beber más! ¡Estoy completamente mareada! —dijo.

—Otra copa. Y también otro bombón.

Ella sonreía, y el tenor, seguro de su influencia cerca del corazón de aquella mujercita, cantó una linda canción.

En su escondite, Hannes sufria mucho...

—Diga usted, Anny—indicó Ordini—, ¿se ha enamorado usted alguna vez?



—¿Se ha enamorado usted alguna vez?

—¡Ya lo creo! De Bismark, con sus bigotazos. ¡Su retrato está siempre en mi cabecera!

—¡Qué suerte la de Bismark! ¡Ah! Anny, tiene usted los ojos más bellos que he visto en mi vida. La nariz más perfecta y la boca más hermosa.

Y llevado de su audacia, la estrechó en sus brazos y la quiso besar.

Pero Anny dió un grito y se levantó, asustada.

—¡No... no! ¡Déjeme usted!

Y un poco asustada por el proceder de aquel hombre que no le inspiraba hasta entonces más que una gran simpatía, abandonó corriendo el camarín.

Ordini quiso seguirla, pero vió con sorpresa que se movía el cortinaje del fondo y aparecían Hannes y otro hombre.

Hannes miró insolentemente al tenor, y éste le dijo:

—¿Qué hace usted aquí, papanatas?

—Lo que se me antoja.

—¡Salga inmediatamente!

—Antes quiero decirle una cosa: No se atreva usted otra vez a hacer beber demasiado a nuestra Anny. De lo contrario se la va usted a cargar, rui-
señor ronco. ¡Flauta desafinada!

Furioso, arrojó una copa contra él, pero ya Hannes y su amigo habían escapado. Momentos des-
pués Ordini recibió la visita del agente Horbes, quien le dijo:

—¿Qué pasa? ¿Qué es ese escándalo?

—Nada, Horbes. El bárbaro ese de Hannes, que

venía a pedirme explicaciones porque hablaba con la muchacha. ¡Qué loco! El contrato de Sudamérica con la pequeña tienes que formalizarlo.

—Tú quieres unir lo útil con lo agradable, ¿verdad? ¿Y qué harás con los viejos?

—Diles simplemente que les haremos un nuevo contrato sin la hija.

—¿Estás loco? ¿Quién va a contratar a esos dos comediantes de feria?

—Nadie, naturalmente. Pero puedes decírselo para librarnos de ellos.

—Bien, bien.

—Arregla esto tú. Con la muchacha me arreglaré yo solo.

Salió el agente, y Ordini, ya más tranquilo, fumó un cigarro, saboreando la alegría de ir a América con aquella mujercita tan artista y tan bella al propio tiempo...

* * *

Unos días después, Anny recibió proposiciones formales del agente Horbes para ir a América con

el tenor Ordini, formando un doble número que habría de tener un éxito descontado.

Anny, que continuaba sintiéndose atraída hacia el cantante, vacilaba entre aquel contrato y el tener que abandonar a sus padres. Pero éstos aun sabiendo lo doloroso que era sacrificarse, le aconsejaban marchar.

—Mira, Anny. América es el sueño de todos los artistas. Algunos esperan veinte años y otros toda su vida en balde.

—Me gustaría ir, papá; pero no puedo dejarlos solos aquí.

—No has de preocuparte por nosotros. Después de nuestro gran éxito en el Teatro Apolo, tendremos tantos contratos como queramos—dijo la madre.

—En fin, me lo pensaré. Tengo tiempo hasta hoy por la noche.

Anny salió de la salita, y Flock dijo entonces a su esposa:

—Esto de tantos contratos como queramos, supongo que no lo decías en serio. Yo sé que tendremos que volver al viejo carro cuando la niña se marche. No me hago ilusiones. Nosotros valemos poco. Pero hay que dejarla marchar. Hemos pasado tanta hambre y tantas privaciones por ella, que aho-

ra no sería justo que fuésemos un estorbo en su carrera.

—¡Tienes un alma noble!

Y estuvieron largo rato platicando sobre la necesidad de que Anny aceptara aquel contrato.

Los Flock vivían ahora en una pensión cercana al teatro donde se hospedaban todos los artistas del Apolo.

Era ya la hora de almorzar y todos iban apareciendo en el gran comedor de mesa redonda.

Hannes, que se hallaba profundamente disgustado ante la idea de que Anny, la mujer que amaba con amor imposible, se marchara, vió a Ordini que se dirigía a ocupar su puesto en la mesa.

Ordini, que sentía por el pobre artista un inmenso desprecio, se le acercó y le dijo:

—Oiga usted. Con usted tengo que arreglar una cuenta todavía.

—¿Respecto a lo del otro día?—indicó Hannes.

—Entonces será mejor que se dirija usted a mi amigo Willy.

Apareció un gigantón que formaba parte de la compañía. A la vista de aquel hombre, Ordini vaciló, y murmurando unas palabras sordas se dirigió a la mesa. No quería líos con él.

Fueron apareciendo los diferentes artistas. De

pronto se levantaron voces airadas, como de protesta.

—¡Me han robado mi pitillera!—dijo uno de los cómicos.

—¡Y a mí mis tirantes!—exclamó otro.

—¡Y a mí la cadena del reloj!—añadió un tercero.

Era tan incomprensible todo aquello que más bien que un robo creían en una broma.

Anny, que acababa de entrar en el comedor, sospechó si su madre tenía algo que ver con aquel asunto. Ahora recordaba que poco antes había visto que escondía algo en un arcón.

Temiendo hubiera realizado aquel robo, llevado de su aguda cleptomanía dirigióse hacia la habitación de su madre, y en el cofre encontró los tres objetos desaparecidos.

Sin decir nada a nadie volvió al comedor, desolada ante aquel gravísimo defecto de mamá. Sin saber qué hacer de aquellos chismes, los puso distraídamente en una cazuela.

Momentos después, la doncella, sin fijarse, llenaba la cazuela de sopa y la llevaba a la mesa.

Al servir la sopa se descubrió que a guisa de pastas había los objetos robados... Los comentarios fueron innumerables. Nadie pudo comprender nun-

ca la verdad... Sólo los Flock y Hannes estaban en el secreto.

La señora Flock, avergonzada ante su vicio, apenas probó bocado. Su marido la asaeteaba con terribles miradas... Anny aparecía preocupada sobre si aceptar o no el contrato a América... En cuanto a Hannes tampoco tenía apetito. La idea de que su amiguita se marchara lejos con el tenor, producía en su alma un desfallecimiento de todas sus voluntades.

* * *

Bien aconsejada por sus padres que veían en ello un porvenir, Anny aceptó marchar a América con el tenor Ordini.

Le era agradable la compañía del cantante, pero cortesmente había rechazado cuantas insinuaciones amorosas él le hiciera. No, no quería pensar en el amor. Tal vez más adelante, cuando hubiese triunfado en América...

Una noche, uno de los empresarios del Teatro Apolo, hombre riquísimo, dió en su casa una reunión como despedida de Anny.

Mientras Anny se arreglaba para asistir con los suyos a la fiesta, dijo a su padre:

—Papá, tengo el presentimiento de que algún día mamá cometerá algo terrible y no valdrá de nada el certificado.

—Sí, sí, hija mía. Ahora comprendes por qué te he aconsejado yo siempre que marcharas a Sudamérica. ¡Esta vida es terrible por aquí!

—Y mucho cuidado hoy en casa del señor Max. No vaya mamá a cometer alguna imprudencia.

—La vigilaremos.

Con sus padres y Hannes marchó a la fiesta, donde había numerosísima concurrencia.

Hannes, que estaba abatido ante la idea de que Anny debía marchar al día siguiente, vió a Ordini en el jardín, y avanzando hacia él le dijo con voz alterada:

—Quisiera hablar con usted antes de que se marche... respecto de la señorita Anny.

—¿Qué le importa a usted la señorita Anny?— respondió, altanero.

—Tiene usted razón. Pero quiero únicamente rogar a usted que no deje plantada allí a Anny, como

es su costumbre, pues de lo contrario iría yo personalmente a romper la respetable cabeza de usted. ¿Me ha comprendido?

—¡Insolente! No le contesto lo que se merece por respeto a esta casa.

Y midiéndole con un gesto de profundo desdén, volvió a los salones.

La fiesta resultaba agradabilísima, con canto, baile y amena conversación. Brindóse también por el feliz éxito de Anny y el tenor.

Los padres de Anny estaban deslumbrados al hallarse en aquel ambiente desconocido.

El dueño de la casa, obsequioso con la concurrencia, les dijo:

—Ahora voy a mostrárselas algunas piezas de mi colección.

Y abriendo un armario fué enseñando diversos objetos de arte.

—Esta es la Orden del León Dorado, que me ha entregado personalmente el Emir de Kabul... Y este es el ejemplar más hermoso de mi colección. Un pequeño reloj del tiempo de María Teresa. Es el único ejemplar de su clase.

El reloj, que tenía, al ser tocado, un sonido dulcísimo de campanas de cristal, fué pasando de unas manos a otras.

La señora Flock se sintió vivamente herida por el deseo ineludible de robar, pero entre Anny y Hannes la contuvieron, impidiéndole todo movimiento de sus brazos. Y a pesar de los férvidos



—Es el único ejemplar de su clase.

anhelos de su voluntad, vióse en la imposibilidad de quitar el reloj.

Max lo dejó encima de la mesa para ir a mostrar luego otras curiosidades.

La madre de Anny lanzó un profundo suspiro de satisfacción, y dijo:

—Gracias por haberme impedido robar. Creo que poco a poco dejaré de sufrir de cleptomanía.

No se había dado cuenta la señora Flock de que al volverse, uno de los flecos de su vestido había quedado enganchado en el viejo reloj. De esta manera, ignorando que llevaba aquel ligero peso en la espalda, la dama fué avanzando por el salón en compañía de su marido, de su hija y de Hannes.

Pero de pronto, en un brusco movimiento, chocaron las campanitas del reloj y empezó a oírse la dulce música.

Horrorizados, Flock, Anny y Hannes contemplaron a la dama, y para apagar el eco de aquellos campanillazos intempestivos, empezaron a bailar y a cantar a grandes voces, sorprendiendo a todo el mundo con su criterio.

—Pero ¿qué les pasa?

—¡Nada, nada!... Es que estamos muy contentos...

Después, cuando dejó de oírse el reloj, cesaron de cantar. La señora Flock estaba aterrada.

—¿Dónde tienes el reloj?—le dijo su marido en voz baja.

—No sé. Te lo juro, ¡esta vez soy inocente!... ¡Soy inocente!

—¡Oh, ahí está! ¡Pobre mamá! Se le quedó en uno de los flecos.

Anny lo recogió cuidadosamente, y aprovechándose de que los invitados habían marchado a otro salón sin haber descubierto lo ocurrido, volvió a dejar el reloj encima de la mesa.

Alguien había visto que Anny devolvía el reloj. Era Ordini, el tenor, hombre muy aficionado a las antigüedades y que no reparaba en escrupulos cuando se trataba de su conveniencia.

Sentía una gran debilidad por aquel reloj histórico, y cuando Anny se alejó, cogió aquel objeto de arte y lo guardó cuidadosamente en su bolsillo.

Los señores Flock, disgustados por lo ocurrido, optaron por marcharse. La esposa simuló que tenía mucho dolor de cabeza. Marcharon en compañía de Hannes.

Anny, a ruegos de la concurrencia, se quedó aún breve rato. Los padres, pesarosos, tuvieron que acceder a que se quedase.

Hubo de nuevo baile, canto y alegría general.

Anny salió más tarde a la terraza. Se encontraba de profundo mal humor. El incidente del reloj le había molestado. Mamá no tenía la culpa, pero

mamá podía estar expuesta a cualquier contingencia...

De pronto apareció Ordini, quien, sonriente, le dijo:

—No esté triste, Anny. Mañana por la mañana tomaremos el tren y empezará una nueva vida para usted. O mejor, para marchar antes de aquí, saldremos en el tren de esta noche, ¿no le parece?

—Pero yo me he de despedir de mis padres...

—¿Para qué? Evite usted ese gran dolor de las despedidas. Ya les despedirá por telegrama. Volveremos dentro de algunos meses después de nuestro triunfo.

—Bien... ¡Sea! —dijo—. Quiero evitarles, como usted dice bien, la amargura de mi despedida. Marcharemos esta misma noche.

Salieron de la casa donde Max acababa de darse cuenta de que había desaparecido el reloj, y con muy buenos modos rogaba al invitado que había hecho aquella broma tan pesada, se sirviera devolverlo.

Subieron a un automóvil para hacerse conducir a la estación. Anny, a medida que se alejaban, sentíase como arrepentida de su acto. Marcharse sin decir adiós a los suyos, a los que le querían de veras. ¿No estaba mal, muy mal, todo esto?

Ordini seguía describiéndole el venturoso porvenir que les aguardaba:

—Usted no sabe qué hermosa es Sudamérica. Cuando, después de la representación de la noche,



—Evite usted ese gran dolor de las despedidas.

vayamos a sentarnos debajo de las palmeras y las olas murmurén su canción de amor, entonces oiremos...

En aquel instante se oyeron las leves campanas del viejo reloj antiguo. Ordini se volvió pálido. Ella le miró con espanto.

—¿Qué significa esto?—le preguntó, sin comprender.

—Oh, no sé...

Horrorizado de que en un brusco movimiento hubiese sonado el reloj, se puso la mano en el bolsillo y apareció la joya.

—No comprendo...

—Usted es un ladrón vulgar—le dijo ella, indignada—. Pare, chofer, pare.

—Pero, Anny...

—Hemos terminado para siempre. Mi contrato con usted queda roto. ¡Buenas noches!

Y bajó del coche, dejando a Ordini anonadado por la vergüenza. ¡Ah! ¡Y con un aventurero así iba ella a embarcarse! ¡No, no!... Volvería con los suyos, dejándose de glorias problemáticas. Ordini se le aparecía ahora tal como era, un hombre vulgar, delictivo, capaz de todo para sus egoísmos. La simpatía que al principio había sentido por él acababa de transformarse en desprecio.

Los viejos hacía ya rato que habían vuelto a casa en compañía de Hannes, que lamentaba haberse marchado de la fiesta. ¿No podía ocurrir que Anny necesitase de ellos?

Pasaba el tiempo y Anny no volvía. Una gran

melancolía invadía a los dos viejos y al pobre muchacho.

—Sí, Elvira—dijo el padre—. Sospecho que Anny se habrá marchado esta misma noche sin decirnos siquiera adiós... Todo ha acabado... Nos han prometido un nuevo contrato, pero del dicho al hecho... Ahora empieza de nuevo para nosotros la vieja vida en el carro de la feria.

—Y sin alegría—dijo Hannes.

—Y sin dinero—exclamó la madre.

Pero momentos después apareció Anny, radiante, alegre, al verse entre los suyos.

—¡Mamá! ¡Papá!—dijo, abrazándoles—. Ya no me marchó con él. Me quedo con vosotros.

Y les contó todo lo que había pasado.

—Con vosotros, con vosotros para siempre.

—¿Con nosotros? ¿En el carro de la feria?—dijo el padre, emocionado.

Hannes, que estaba radiante de alegría ante la vuelta de su amiguita, comentó:

—No, no; quedándose Anny no vamos al carro de la feria. Seremos la atracción principal del Jardín de Invierno del Teatro Apolo, ¿verdad, Anny?

—Hannes, ¿por qué no? A vivir todos juntos... a vivir nuestra dicha.

Y loca de alegría volvió a besar a los viejos y

estrechó cordialmente la mano del que era su amigo del alma.

* * *

Y así fué. Anny triunfó plenamente en nuevas representaciones teatrales en compañía de sus padres y de Hannes. Actuaron en el Jardín de Invierno.

Y ella no quiere oír hablar a nadie más de amor. Hannes la quiere de veras. Pero oculta en el fondo de su corazón la pasión de amor imposible... Se contenta, el pobre y moderno Cyrano, con tener a su lado a aquella mujercita y piensa que tal vez algún día, ella, enamorada de su alma, acabe enamorándose por entero de él...

¿Ha sido así? Las crónicas no lo cuentan... La vida sigue... Pero en el alma del moderno Cyrano no ha muerto la divina luz de la esperanza...

FIN

A los éxitos sin precedente de las interesantes novelas

Del mismo barro

por Mona Maris y Juan Torena
(6 ediciones)

El precio de un beso

por José Mojica y Mona Maris
(3 ediciones)

Ladrón de amor

por José Mojica y Mona Maris
(2 ediciones)

El Valiente

por Juan Torena
(2 ediciones)

El presidio

por José Crespo
(3 ediciones)

Sevilla de mis amores

por Conchita Montenegro y Ramón Novarro
(3 ediciones)

Bajo los techos de París

por Albert Prejean, Polla Yllery y Gaston Modot

Wu- li- Chang

por E. Vilches

Acaban de salir con extraordinario éxito:

MONTECARLO

por Jeannette Mac Donald

CAMINO DEL INFIERNO

por María Alba y Juan Torena

¡MÍO SERÁS!

por Jeannette Mac Donald y Reginald Denny

Se están agotando las **BIOGRAFÍAS** y
Colecciones de 6 bonitas postales de

José Mojica

Maurice Chevalier

Greta Garbo

Ramón Novarro

Charlie Chaplin

CHARLOT

y

Jeannette Mac Donald

Numerosas fotografías · Curiosas anécdotas
Postal-regalo · Lujosa portada

Precio: 50 céntimos

y la **Colección de 6 postales** de

Juan Torena

Véalas y no dejará de adquirirlas

Precio: 30 céntimos

Las mejores novelas de cine las publica

Ediciones BISTAGNE

Récuerde y pida siempre estos títulos:

La Novela Semanal Cinematográfica moderna

Aparece los miércoles

Precio: 25 cts.

Los grandes Films Mudos y Sonoros

Aparece los jueves

Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Aparece los sábados

Precio: 30 cts.

La Novela Semanal Cinematográfica extraordinaria

Aparece el último sábado de cada mes

Precio: 50 cts.

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

Precio: 1 peseta

**EXCLUSIVA DE VENTA
PARA ESPAÑA**

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERIA,
DIARIOS, REVISTAS y PUBLICACIONES, S. A.**



BARCELONA: Barbará, 16

MADRID: Caños, 1

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA